

Nacida al borde del desierto líbico y completamente ajena a sus arenas. Construida junto a la explosión de verdor del Delta del Nilo y claramente de espaldas al fellah (campesino) y al mundo agrícola que allí se desarrolla. Abierta a un mar ensoñador que lame con sus olas blancas la "Corniche", trayéndole las brisas norteñas de la lejana Macedonia donde la soñó un loco o un genio o un simple hombre enamorado de ese mar que un día, mas de dos milenios atrás, quiso convertirla en capital de un Imperio que uniría todas las orillas del Mediterráneo.

ALEJANDRIA: UN SUEÑO MIL VECES SOÑADO.

No es extraño que el lugar donde se asienta Alejandría subyugara a Alejandro Magno. Dos hermosas bahías, una cerrada y recoleta, y otra amplia y rectilínea, forman los 25 kilómetros de la famosa "Corniche" alejandrina. Una cadena de cerros de piedra



caliza separa por el Sur la ciudad del resto del país del Nilo. Alejandría es y no es Egipto. Y así lo vio el Macedonio.

Alejandro, después de su imparable carrera militar que le llevó de victoria en victoria a lo largo de todo el litoral mediterráneo

oriental, llegó al país de los faraones. Egipto le recibió con los brazos abiertos. Mas como a un libertador del odiado yugo persa que como a un conquistador. Y el joven general decidió que necesitaba una nueva capital que fuese el germen del Imperio Mediterráneo que pensaba crear.

Esa capital, evidentemente, debía situarse en la costa. Y el asentamiento de una oscura localidad al borde del Delta, Rhakotis, le pareció perfecto. Allí existía la posibilidad

de crear un gran puerto. Las cercanas canteras de moldeable piedra caliza facilitarían la construcción de los edificios. El acceso al Nilo estaba garantizado a través de la boca Canópica y el lago Mariut. Agua abundante, brisas continuas y saludables, lluvias escasas, ¿qué más se podía pedir?

Alejandro fundó su capital. Y aunque no llegó a ver ni un sólo edificio construido, porque, tras su fundación, únicamente regresó a ella muerto, la memoria del Macedonio permanecerá viva para siempre en su nombre, en el trazado rectilíneo de sus calles y en el recuerdo de un sueño que nunca fue realidad.

LA ESTIRPE DE CLEOPATRA

A la muerte del Macedonio, su Imperio fue repartido entre los generales que le ayudaron a conseguirlo. Egipto recayó en el más eficiente de todos ellos, Ptolomeo, quien se apresuró a convertirlo en un reino independiente, con su capital en Alejandría.

La continuidad de la dinastía ptolemaica y la expansión de sus dominios hacia el Oeste, conquistando la Cirenaica, y hacia el Norte, englobando en sus dominios toda la franja palestina hasta Anatolia, acentuó el carácter universalista de la ciudad.

Alejandría se embelleció y fue adaptándose cada vez más a su vocación mediterránea. En la Isla de Faros, actualmente una pequeña península donde se levanta el



fuerte Kait Bey, se construyó un faro de 120 metros de altura cuyo objetivo era guiar a los navegantes por la complicada costa de terrenos de aluvión, plagada de arrecifes, que precedía al puerto. El palacio de los ptolemeos era una

ciudad dentro de la ciudad, agrupando la residencia real, la sede del gobierno y, sobre todo, el Museion.

Este último complejo de edificios, del cual -como de todos los demás citados- no subsiste más que su memoria, constituyó durante toda su existencia el centro cultural e intelectual más importante de todo el mundo mediterráneo. Su funcionamiento era similar al de la moderna Universidad de Princeton: Se contrataban científicos, eruditos y hombres de letras cuya única obligación era continuar en el Museion sus estudios para gloria y prestigio de la ciudad y sus gobernantes. El núcleo del Museion estaba constituido por la primera biblioteca (la "Biblioteca Madre") que llegó a agrupar más de 500.000 obras.

Pero una ciudad nueva, con vocación universalista, necesitaba nuevos dioses que le



alejase del localismo de los que le llegaban del pasado. Los ptolomeos crearon por tanto uno que proporcionó a los alejandrinos un culto común y diferenciado del resto. Este dios obtuvo su nombre de la tradición egipcia: Serapis (mezcla de Osiris y Apis), pero su apariencia y atributos eran típicamente griegos. Era un dios de síntesis que resistió vigente en el entorno mediterráneo hasta la llegada imparable del cristianismo.

La conquista de la ciudad por la nueva dominadora del Mediterráneo, Roma, no supuso grandes cambios para ella. El amor de Julio César por Cleopatra, de Marco Antonio por Cleopatra,

era el reflejo de la dependencia de la Metrópoli por el granero que controlaba Alejandría. Y si la pérdida de independencia puso término a sus veleidades conquistadoras, su energía siguió tan pujante o más que antes en el mundo científico y cultural.

EL FIN DE LOS SUEÑOS

Sólo una revolución en las ideas podía acabar con el sueño alejandrino. Y esta vino de la mano de la ciudad que sustituyó a Roma en el control de los destinos mediterráneos. Constantinopla estaba gobernada por la cruz y su brazo en Alejandría era el patriarca Teófilo. La destrucción del templo de Serapis y la biblioteca por los monjes capitaneados

por el patriarca, y el posterior asesinato de Hipatía, una profesora de matemáticas y filosofía en el Museion, marcaron el fin de ese sueño.

Luego fueron los árabes. Su odio hacia el medio marino les llevó a dejar languidecer a Alejandría, relegándola a la categoría de simple localidad provinciana, mientras erigían su capital en el actual El Cairo.



El abandono llevó a que se cegara la boca Canópica. El lago Mariut dejó de ser navegable. Las tierras y las aguas cambiaron de posición y adoptaron el aspecto que podemos contemplar en nuestros días.



Pero aún hubo otro hombre que se enamoró de Alejandría, un milenio después. Y la ciudad le entregó los sueños imperiales que antes había sugerido a Marco Antonio y, antes que a él, a Alejandro. Napoleón desembarcó el

contenido de sus 300 navíos en la "Corniche". Y, aunque su sueño, una vez más, fracasó, la ciudad volvió a vivir el vértigo del protagonismo mediterráneo.

Porque el problema con Alejandría es que los sueños que inspira en los hombres conducen invariablemente al fracaso.

El último acto, el último sueño, el que cierra la historia de la ciudad, es como una pescadilla que se muerde la cola: Un macedonio la creó y un macedonio le dio su resplandor postrero. Mehemet Alí había nacido en Cavala (Macedonia) y, cuando llegó a Alejandría a comienzos del siglo pasado, combatiendo a las órdenes del británico

Abercrombie, era un oscuro y casi iletrado soldado. Pero su habilidad le hizo trepar hasta el virreinato turco de Egipto y, mas tarde, a independizarse del yugo otomano. Creó un reino comparable al de los ptolomeos, con su centro en Alejandría. Y, aunque su sueño duró menos que el de una siesta robada a una tarde de verano, su vergonzosa transigencia ante los británicos y su loca pasión por Europa, a despecho de los intereses del país que debía defender, le llevaron a mantener una inestable y odiosa dinastía que alcanzó hasta la revuelta de los coroneles con que Nasser inauguró el Egipto moderno, definitivamente de espaldas a la ciudad mediterránea.

DENTRO DEL SUEÑO

Alejandría cierra el círculo de su historia y se abre para la visita emocionada del



viajero. Pero también para la descorazonadora imagen que produce. ¿Qué queda de la imagen de la gran urbe soñada por tantos soñadores? ¿Dónde se levantan las bibliotecas o los palacios o la luminaria del faro? Ya he comentado que, del diseño del

Macedonio, no subsiste mas que el trazado de algunas calles. El resto es una acumulación de edificaciones que el tiempo se ha encargado de ir creando primero y deteriorando

luego. Un minúsculo teatro romano, una monumental columna, atribuida sin fundamento a Pompeyo, cuando fue Diocleciano quién la levantó en memoria de su triunfo sobre Aquileo, las catacumbas de Kom esh-Shuqafa, y, mas



recientes, los palacios de Ras et-Tin y el Muntazah y el fuerte de Kait Bey, forman, junto a

los minaretes de las mezquitas que se asoman a la "Corniche", todo lo que puede motivar una visita turística a la ciudad.

Otra cosa es la emoción. Porque la memoria de los nombres que trae el mar revuelto hasta la costa alejandrina permanece vigente. Y aún la "Corniche", a despecho de su mas que evidente abandono, mantiene algo de su majestuosidad de antaño. Los bellos edificios coloniales, los nuevos grandes hoteles, la permanente presencia del Mediterráneo, las arenas doradas que salpican todo el litoral, aún crean la ficción de la ciudad cantada por tantos poetas, desde hace mas de 2.000 años, hasta antes de ayer por



Lawrence Durrell o Terenci Moix.

Y no importa que la realidad sea la misma sórdida evidencia de El Cairo o de tantas otras ciudades árabes de sonoros nombres y míseras realidades. Tanto da que, en cuanto se

abandona la "Corniche, se acceda a un submundo de general abandono, edificios leprosos y gentes que ya son mas egipcias que alejandrinas. Si la soberbia magnificencia del parque y palacios del Muntazah aviva la imagen triste de la ciudad interior; si las altas palmeras, los minaretes puntiagudos, las finas arenas y los monumentos y plazas de la "Corniche", no consiguen esconder el triste estado de algunas casas y el sabor desleído y arcaico de hoteles que, como el Cecil, siguen saludando cada nuevo día en espera de un sueño renovado para la ciudad, no es menos cierto que la visita a Alejandría aporta al viajero sensible todas las sensaciones de todos los mundos que han dominado el estrecho circo mediterráneo.

Y, si permanece atento, verá como, desde el extremo occidental de la "Corniche", en el antiguo emplazamiento del faro ptolemaico, el fuerte de Kait Bey, mira a la nueva Alejandría con una mueca de incompreensión...

Y no es para menos.

Antonio Fuster Juárez

INFORMACIONES PRACTICAS

COMO LLEGAR:

No existen vuelos directos desde España a Alejandría, pero sí hasta El Cairo. Tanto Iberia como Egyptair, atienden esta línea.

Para acceder con el coche, tiene la más hermosa de las posibilidades, tomando el Ferry que une tres ciudades emblemáticas del Mediterráneo: Venecia-Atenas(Pireo)-Alejandría. Será un viaje inolvidable.

FORMALIDADES ADUANERAS:

Si viaja en avión, pocas historias tendrá que contar de las aduanas egipcias. Pero si decide ir con su coche, ármese de islámica paciencia: Egipto es, en este momento, el más complicado y caro de todos los países del área mediterránea para acceder en automóvil. Yo ostento el récord de todos mis viajes en seis horas y media para cruzar la Frontera de Nuweiba, en el Sinaí... y suerte que me auxilió un Policía Turístico, de lo contrario, probablemente aún estaría allí. El tríptico para el coche (obtenible en el R.A.C.E.) es obligatorio y está prohibido, por "razones militares" circular con vehículos de gas-oil, salvo que obtenga la correspondiente autorización en el Consulado.

El Visado, también obligatorio, se consigue de forma rápida y sencilla en el Consulado. Sobre todo hoy en día que parece que las ansias de recibir turistas crecen y crecen tanto como disminuye la disponibilidad para dirigirse a ese inacabable país por el turista timorato.

HOSTELERIA Y GASTRONOMIA:

El avance integrista en Egipto ha hecho que disminuya considerablemente la afluencia turística. Por tanto no existen los gravísimos problemas de alojamiento del pasado. En Alejandría puedes escoger entre los varios establecimientos de la "Corniche". Desde cualquiera de ellos (siempre que consigas una habitación con vistas) el panorama es espectacular.

Te voy a recomendar, sin embargo, uno especialmente. Se trata del Hotel Cecil que citaba más arriba, en la Midan Saad Zaghlul, pero en él es más importante que en ningún

otro que pagues el exceso que se cobra por una habitación sobre la "Corniche". Te sentirás como metido dentro de una de las novelas del "Cuarteto de Alejandría", de Durrell.

En general, puedes comer buen pescado casi en cualquier sitio, pero, mas allá de El Muntazah, camino de Rosetta, existen algunos restaurantes-cocederos sobre la costa que, por nada de dinero, te darán pescado y marisco hasta reventar.